



NETFLIX

UNA PELÍCULA
DE NETFLIX



— ANNE GUNN HALVORSEN Y RANDI FUGLEHAUG —

ROYALTEEN

EL HEREDERO

CROSS
BOOKS

— ANNE GUNN HALVORSEN Y RANDI FUGLEHAUG —

ROYALTEEN

EL HEREDERO

CROSS
BOOKS

CROSSBOOKS, 2022
infoinfantilyjuvenil@planeta.es
www.planetadelibrosjuvenil.com
www.planetadelibros.com
Editado por Editorial Planeta, S. A.

Título original: *Halve kongeriket. Arvingen.*
© del texto: Anne Gunn Halvorsen y Randi Fuglehaug, 2020
Publicado originalmente por Aschehoug Forlag, en 2020
Publicado mediante acuerdo con Oslo Literary Agency y Casanovas & Lynch Literary Agency
© de la traducción: Mónica Sainz, 2022
Ilustración de cubierta: Jorge Artola - jorgeartola.com
© Editorial Planeta, S. A., 2022
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

Esta traducción ha sido publicada con el apoyo económico de NORLA,
Norwegian Literature Abroad



La letra de las páginas 67 y 68 está tomada de *Havana*, Camila Cabello, 2017
La letra de las páginas 86 y 266 está tomada de *Baby Got Back*, Sir Mix-a-Lot, 1992
La letra de la página 265 está tomada de *Kom igjen Lena!*, Håkan Hellström, 2002

Primera edición: junio de 2022
ISBN: 978-84-08-25435-5
Depósito legal: B. 9.318-2022
Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

1

Un nuevo comienzo

—¡Lena, vamos!

La voz alegre pero impaciente llegó acompañada del aroma a café desde la cocina.

—¡Ya estoy levantada, mamá!

Lena contempló esos suaves mofletes. Nunca se cansaba de ellos. Incluso tenía hoyuelos, un agujerito a cada lado de la boca, que solo aparecían cuando se reía de alguna mueca graciosa o cuando le hacía cosquillas en la tripa. En realidad, siempre se estaba riendo, y entonces a ella también le entraba la risa, incluso ahora, a pesar de que era muy temprano y estaba agotada. Él estaba de pie en la cuna, meneando el culito regordete en el pañal. Ella se inclinó sobre él y presionó la nariz contra su moflete. Inspiró su aroma. Olía a leche y a pedetes.

Oyó el leve sonido de unas zapatillas de estar por casa acercándose. Poco después, su madre se apoyaba en el marco de la puerta con los brazos cruzados.

—Menuda exageración. Has conseguido levantarte físicamente de la cama, sí, pero eso es todo. ¡Vístete ya!

Su madre llevaba puesta la bata rosa insoportablemente fea que tenía desde hacía un siglo. Cogió en brazos a Theodor, que pataleó alegremente con sus cortas piernecitas.

—¿Sabes que tienes que estar en el colegio a las ocho, verdad? No es buena idea llegar tarde justo el primer día. Todos los alumnos tienen que estar en su sitio antes de que lleguen... esos dos.

Lena se dirigió hacia el baño arrastrando los pies.

—De todas las clases de todos los colegios, tenía que acabar justo en esa. Entenderás que prefiera quedarme contigo y hacerte compañía, ¿verdad, Theo?

Su madre negó con la cabeza.

—Yo creo que nuestro jefecillo en pañales está de acuerdo conmigo en que tienes suerte de tener esta oportunidad. Dios mío, seguro que hay muchos que sueñan con ir a esa clase. Y ahora, ve a ponerte algo bonito, mi niña. ¡Y péinate!

Lena le guiñó un ojo a Theodor antes de cerrar la puerta y abrir el grifo de la ducha. Permaneció bajo el chorro de agua caliente con los ojos cerrados algo más de tiempo del que realmente disponía.

Con una toalla enrollada alrededor del cuerpo y otra en la cabeza, salió del baño lleno de vapor y abrió la puerta del armario. Descolgó una blusa blanca de la percha y se puso los pantalones vaqueros de tiro alto. Hizo todo esto en modo autopiloto, sin pararse a pensar si era adecuado para la ocasión o qué señal enviaría con ello, como habría hecho antes. En otro dormitorio, en otra ciudad, Liv estaría probándose la mitad de su armario antes de escoger qué ponerse. O quizá habría dejado preparado un modelito la noche anterior. Las dos solían planear estas cosas con varios días de antelación.

Ahora ya no era tan cuidadosa.

Cuando entró en la cocina, su madre estaba sentada junto a la mesa dándole una papilla a Theo. Lena sacó pan y mermelada. Comió de pie junto a la tabla de cortar mientras se untaba un sándwich para el almuerzo por primera vez desde hacía más un año. Engulló el último trozo de la rebanada de

pan con un vaso de leche, se dirigió al baño, y escuchó la voz sarcástica de su madre tras ella:

—¡Le diré a la leche que ayude al bote de mermelada a regresar a la nevera!

Normalmente, Lena habría contestado «Seguro que la mermelada se las apaña perfectamente» o algo así. Ese día no dijo nada. Sentía una desagradable mezcla de tensión e indiferencia en el cuerpo mientras se cepillaba los dientes con movimientos lentos. No estaba preparada.

No estaba preparada para empezar aquel día.

No estaba preparada para comenzar aquel año lectivo.

2

Elisenberg

El Instituto Elisenberg no se parecía a ninguno de los colegios a los que había asistido antes.

Permaneció parada ante las puertas y contempló el enorme edificio amarillo de ladrillo. Recordaba un poco a un palacio: los enormes ventanales, algunos de ellos cuadrados, otros en arco; los anchos marcos blancos. El colegio era antiguo, pero parecía remodelado y renovado, como si se hubiese maquillado para el comienzo del curso. Aunque no era casualidad. Aquí no podían permitirse tener paredes con la pintura descascarillada o tiradores desvencijados en las puertas.

En Horten sí podían. El Instituto Orerønningen —popularmente conocido como Zorrønningen— también había sido remodelado hacía algunos años, pero el edificio seguía pareciendo un barracón gris y barato. De hecho, su antiguo barrio parecía una prostituta cansada en comparación con aquella parte de Oslo. En Frogner todo estaba tan... pulido. Los edificios eran antiguos, estaban bien cuidados y se alzaban como con confianza en sí mismos. Como si siempre hubiesen estado allí, y así era. Había leído en Wikipedia que el colegio tenía más de cien años. Ahora el patio comenzaba a llenarse de chicas con el pelo largo y liso, y de chicos con fi-

nos chaquetones de plumas que se pavoneaban, como caballos de circo emperifollados, con la cabeza en alto. Inalcanzables. No pasaba nada.

No estaba allí para hacer amigos.

Su madre y su padre decían todo el tiempo que esperaban que la mudanza a la capital fuese una oportunidad para ella de recuperar la vida social. Pensaban que todo se arreglaría si ella podía empezar de nuevo, «hacer borrón y cuenta nueva», como solían decir. Pero lo único que *ella* quería era que esos tres años pasasen lo más rápido posible, de forma que pudiese obtener su diploma de bachillerato y seguir adelante con su vida. Sus padres no lo entendían. La adolescencia se había acabado para ella.

De todas formas, podrían haberse quedado en Horten. Ella se las habría apañado sola perfectamente allí también, después de que todos le dieran la espalda. Sabía exactamente cómo debía comportarse, adónde podía ir y cuándo, sin rezumar soledad o encontrarse con algún conocido. Las cosas funcionaban hasta cierto punto. Pero cuando la empresa de su padre le propuso un traslado a Oslo, y coincidió con que ella iba a empezar el instituto de nuevo, sus padres se emocionaron y de repente les pareció muy práctico para toda la familia mudarse. Ella sospechaba que sus padres habían pensado más que nada en ellos mismos. Seguro que ellos también tenían ganas de un nuevo comienzo.

El timbre que anunciaba el inicio de las clases inundó su mente, y permaneció quieta unos segundos antes de que el rugido cesase y le permitiese volver a escuchar sus propios pensamientos. Entonces inspiró profundamente, llenó los pulmones de aire y lo soltó lentamente por la nariz.

—*Here goes nothing*—dijo en voz baja antes de atravesar la puerta.

3

Lena con A

Lena se sentó en el pupitre doble situado al fondo de la clase, junto a la ventana.

Todo había transcurrido sin incidentes hasta ahora. El profesor, un hombre calvo que se llamaba Ove, les saludó alegremente y parecía relajado a pesar de ser el primer día de curso. Ella dejó que su mirada se desplazase sobre toda la gente nueva que había frente a ella. Algunos se habían sentado a su bola sin hablar con nadie, como ella. Otros se inclinaban sobre los pupitres y parecían conocerse bastante bien. Se preguntó si muchos de ellos vendrían del mismo instituto de secundaria. Lo que al menos estaba claro es que en esta clase recién estrenada ya existía una pandilla: algunas chicas muy guapas y delgadas con lo que parecía ropa cara, y un chico algo corpulento con una risa contagiosa y una confianza en sí mismo que apuntaba a que tenía mucho dinero y muchos amigos.

Nadie se acercó a Lena, gracias a Dios. Ella sería una mera observadora. Y confirmó que su madre tenía razón: seguramente *esos dos* serían los últimos en llegar.

Abrió su mochila y sacó la libreta que no había usado desde hacía más de un año. Era muy raro ver su propia letra

a bolígrafo en la portada. Justin Bieber con un corazón alrededor. Dios mío, qué infantil. Al lado, ponía: «Lena + Liv 4-ever». Parecía pertenecer a otra vida. Su antigua mejor amiga comenzaba hoy su segundo año de bachillerato en Horten. ¿Continuaría en la línea de deportes? Ella se imaginaba a Liv como una alumna de segundo experimentada y segura de sí misma. Quizá este año formase parte del programa de tutelaje para nuevos alumnos. Lena comenzó a garabatear con un bolígrafo sobre la escritura del corazón. De repente, sintió una dolorosa punzada de nostalgia.

El sonido de un potente motor la arrancó de sus pensamientos. Se giró hacia la ventana y vislumbró un coche negro y pulido que se había detenido justo delante de la entrada. No era posible ver nada a través de los cristales tintados. Un hombre con ropa de calle pero con un pinganillo en la oreja emergió del asiento del conductor. Permaneció inmóvil y echó un vistazo a su alrededor durante un par de segundos antes de hacer una especie de seña hacia el coche. Las dos puertas traseras se abrieron casi al mismo tiempo, y el príncipe heredero Karl Johan y la princesa Margrethe descendieron cada uno por su lado. Él iba con una sudadera azul, vaqueros y zapatillas de deporte blancas. Ella llevaba pantalones blancos, una camiseta roja y sandalias. Ambos estaban morenos y tenían el pelo más claro de lo que Lena recordaba, pero por lo demás resultaba casi extraño ver cómo de normales eran. O, bueno... ¡por supuesto que lo eran! Era ella la que se comportaba como una paleta y no conseguía dejar de mirarlos embobada. Aun así, era una locura ver a los mellizos reales, que había visto tantas veces en la tele, en periódicos y en blogs de cotilleos, emerger de un coche como personas de carne y hueso. Iban sonriendo y charlando de camino a la entrada principal, como si continuasen con una conversación que había comenzado en el coche.

Solo unos segundos más tarde, aparecieron en la puerta del aula.

—¡Dios bendiga nuestra patria! —gritó el príncipe heredero, y todos se rieron.

—Perdón por el retraso —dijo la princesa Margrethe en dirección al profesor—. La culpa es de Kalle, que su peinado no se hace solo.

—No pasa nada —contestó Ove con una sonrisa—. Sentaos. Ya estamos preparados para comenzar, entonces. ¡Bienvenidos al Instituto Elisenberg!

Margrethe se sentó inmediatamente en la primera fila y dio un abrazo a las chicas que se sentaban junto a ella. Lena notó que muchos parecían conocer a los mellizos de antes. Otros contemplaban con los ojos como platos a la pareja de hermanos reales. Lena intentaba no formar parte de aquellos que se quedaban observando, pero no resultaba nada fácil. ¡Eran ellos de verdad! Karl Johan no se dejó afectar por las miradas, sino que sonrió ampliamente a todos sin fijarse en nadie y continuó caminando con confianza hacia los pupitres situados al fondo de la clase.

Dios mío, ¿se dirige hacia aquí? Lena clavó la mirada en el pupitre. Se arrepintió de haberse sentado junto a un pupitre vacío. Oh, no. Por el rabillo del ojo, pudo contemplar cómo él se dejaba caer sobre la silla vacía. Notó que la miraba. Por suerte, el profesor carraspeó ruidosamente. Ove desbloqueó con el dedo un iPad, entornó un poco los ojos y echó un vistazo a la clase.

—Bienvenidos a la clase 1.º A. Vaya, ¿qué puedo decir? Formáis parte de un buen grupo. Aunque aún nos falta gente; algunos estudiantes se incorporarán dentro de un par de días.

Titubeó y volvió a fijar la vista en el iPad. Lena se preguntó si estaba nervioso.

—Pero, para empezar con los que están presentes —dijo, y comenzó a pasar lista—: ¿Karl Johan?

—Kalle —lo corrigió Karl Johan sonriendo.

Sonó el timbre que anunciaba el primer descanso, y todos los demás se incorporaron para salir del aula. Pero el príncipe heredero de Noruega permaneció sentado en su silla y extendió la mano hacia ella. Lena se giró hacia él y la tomó mientras trataba de sonreír de forma tan natural y sincera como le fue posible.

—Lena —dijo ella.

—Encantado de conocerte, Lene.

—Lena —repitió ella con rapidez.

—¿Mmm?

—Me llamo Lena, con A —respondió ella, y añadió—: Como en *Kom igjen*, Lena.

—¿Cómo?

—Como en la canción. ¿La de Håkan Hellström?

Lena estiró los brazos e hizo algunos movimientos de baile.

—Ya sabes... *Duduidudi, kom igjen, Leeena*.

Kalle la contempló con cara de póker. Ella comenzó a hablar más deprisa, deseosa de zanjar la conversación.

—Como en esa antigua canción. Mi madre está obsesionada con Håkan Hellström, e insistió en llamarme así en honor a la canción. Así que: Lena. ¿Hola?

Kalle se encogió de hombros con una risita.

—No tengo ni idea de qué me estás hablando. Pero hola, Lena —repitió entornando los ojos. Ella nunca se había percatado antes de lo azules que eran sus ojos—. Lo dicho, encantado de conocerte.

Se echó la mochila al hombro y se marchó. Lena se llevó

las manos a las mejillas, ahora sonrojadas y acaloradas. Menuda boba estaba hecha. Va a saludar al príncipe y no se le ocurre otra cosa que empezar a hablar de su madre y de Håkan Hellström mientras se pone a canturrear, ¿y a bailar?!